



BOLETÍN MENSUAL DE LA ORDEN MÍNIMA FRANCISCANA
SEP - OCT DE 2013 Número 141 Donativo \$7.00 M.N.



Cristo Rey y San José



Siendo este año de 2013 consagrado al glorioso Protector Nuestro San José, nos es muy oportuno meditar en sus virtudes y alabar su eminente santidad. Con motivo de la próxima festividad de Cristo Rey, nos es grato en el presente boletín enumerar las variadas virtudes con que San José, aunque ocultamente, proclamó la realeza del Dios Humanado. Como padre

y guardián de Jesucristo, su vida se deslizaba en una continua oración y adoración al mismo Dios que llevaba en sus brazos, y alimentaba con el sudor de su frente y a quien amaba inmensamente. Después de la Virgen Inmaculada, nadie jamás ha conocido, amado y servido a Cristo Rey como el castísimo Patriarca, y en él tenemos el modelo acabado de

un hijo obediente, de un padre amoroso y de un guardián fidelísimo.

El mundo es un libro inmenso; cada criatura, una frase del mismo; el autor, la Santísima Trinidad. Todo libro bueno gira alrededor de un tema fundamental; si quisiéramos resumir en una sola palabra el pensamiento fundamental del mundo, habríamos de escribir este nombre: ¡Cristo! Ahora no lo vemos aún con toda claridad; tan sólo lo comprenderemos cuando aparezca en el cielo la señal del Hijo del Hombre. . . Entonces veremos sin nubes que Él fue el alfa y omega, el principio y el fin, el centro y la meta.

“Pero, confesamos a Cristo,” me dirás acaso, querido lector. Sí, quién más, quién menos. Pero, ¡son tan pocos los que viven el pensamiento de que Cristo es lo principal en todas las cosas! Cristo es Rey de mi corazón y Rey de mi hogar, ¡pero eso no basta!

El objeto de la festividad de Cristo Rey es el hacer patente esta verdad: Cristo es Rey de nuestros corazones, de nuestras familias, de nuestra sociedad, del mundo entero y del universo y a Él solo se le debe adorar y proclamar como tal.

Hoy en día no hay lugar para Él en ninguna parte, ¡ni siquiera en las iglesias! Cris-

to es Rey, pero le hemos despojado de su trono y su corona, y así no puede reinar.

Sin embargo, en medio de las tinieblas de esta indiferencia religiosa, hay una estrella de brillante santidad que el mismo Dios nos ha dado para que sea nuestro modelo y nuestro guía. Es el gloriosísimo Patriarca San José.

En su vida mortal, ¿quién mejor que él, después de la Virgen Santísima, proclamó su divina realaleza? ¿Quién tuvo una fe más ardiente, una esperanza más completa y una caridad más perfecta que aquél que fue escogido por el Eterno Padre para representarlo en la tierra?

¡Cristo fue el Rey del corazón de San José!



La dignidad de San José

En el Antiguo Testamento se narra la historia de José de Egipto, quien fue favorecido por Dios y dotado de una gran sabiduría para interpretar los sueños del Faraón. Y en recompensa el Faraón le dijo: “¿Por ventura podremos hallar en todo Egipto un varón como éste, tan lleno del Espíritu de Dios?” Y dirigiéndose al mancebo le dijo: “Ya que el Señor te ha manifestado lo que acabas de indicar, ¿podré yo acaso encontrar otro más sabio, o siquiera igual a ti? Tú tendrás, pues, el gobierno de mi casa, y al imperio de tu voz obedecerá el pueblo todo. No tendré yo sobre ti otra precedencia que la del solio real. Mira y advierte que te hago virrey de toda la tie-



rra de Egipto. Yo soy Faraón; sin tu orden ninguno ha de mover pie ni mano en todos mis dominios.”

De igual manera diría el Rey supremo de cielos y tierra a nuestro Santo Patriarca: “¿Por ventura se vio jamás en el mundo varón tan lleno de virtud y de verdadera sabiduría, para gobernar mi familia y defender mi Iglesia? Tú gobernarás mi casa, y al imperio de tu voz obedecerán todas las criaturas.”

Cuando nuestro Santo se dio cuenta de que su Esposa María Santísima estaba encinta, y conociendo el misterio de la Encarnación por un rayo de divina luz y reputándose indigno y pecador,



decía dentro de sí: “No es para mí cosa decente vivir ya más en familiar consorcio con tal y tan excelsa Señora, cuya superior y admirable dignidad me impone. Si Ella es la Madre del Mesías, no quiera Dios que habite yo en su compañía, siendo tan indigno como soy.” Y he aquí que un ángel se le apareció en sueños y le dijo: “José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados.” (Mat. I, 20, 21)

El glorioso San José, al tomar por orden del ángel bajo su guarda y defensa el fruto divino de María, fue levantado a la dignidad de Padre de Jesús. Éste es a no dudarlo el título más insigne y divino entre los títulos y atributos del Santo Patriarca. Grandes, inefables y divinos debieron ser los dones con que le enriqueció el Todopoderoso, al constituirlo Padre de su Divino Hijo. Este título supera con mucho todo cuanto se puede pensar; y por tanto, es motivo poderosísimo para que pregonemos en alta voz que San José fue adornado por el Eterno con dones y carismas correspondientes a tan encumbrado ministerio.

Dios Padre le hizo partícipe de su paternidad, escogiéndolo y asociándolo respecto a su Divino

Hijo en las funciones y oficio de Padre Putativo; nombre que no dio jamás a otro, ni al mismo Espíritu Santo, por más que fuera autor de la concepción de Jesús.



En la misma medida que fue la excelsa dignidad a que fue elevado San José, tal fue el amor que inundaba su corazón sabiendo que estaba por nacer el Deseado de las naciones. . . ¡y que había de morar en su propia casa! De esta manera Cristo Rey fue amado, adorado y deseado por San José desde el seno de su Madre.

¡Cristo fue el Rey del corazón de San José!

La humildad de San José

Cuán profunda sería la humildad de San José, dado caso que el Señor lo quiso enaltecer sobre todos los justos y enriquecer con gracias y virtudes correspondientes a la grandeza de su cargo.

Convencido nuestro Santo Patriarca de que todos los tesoros naturales y sobrenaturales con que el Todopoderoso colmadamente lo había enriquecido, eran don gratuito de la divina munificencia, se anonadaba en la presencia de Dios con la consideración de que por toda la eternidad anterior a su existencia había sido siempre nada y de que en la nada se habría quedado, si Dios no lo hubiera sacado de ella con preferencia a muchos otros. San José huía las alabanzas con empeño y recibía las injurias y desprecios con amor y agradecimiento. Ocultaba los dones que recibía bajo

el velo de una vida escondida y se gozaba en la modestia y el retiro. Entregándose a virtudes sólidas, no deseaba otro testigo que a Dios. La humildad hizo a San José príncipe de la Sagrada Familia.

Que un gran pecador convertido nunca presuma de sí y atribuya a gloria de Dios la honra de sus victorias, es virtud poco común; mas que un varón como José, levantado por su ministerio sobre los coros de los ángeles, no piense jamás en su dignidad sino para más abajarse, es un prodigio de humildad rarísimo y harto difícil de comprenderse. Y así lo hacía el justísimo Padre de Jesús, aprovechando todas las ocasiones que se le ofrecían para confesar su nada y la inmensa liberalidad del Omnipotente.

Según San Francisco de Sales, San José era vigilantísimo en guardar sus brillantes prendas bajo



la llave de su profundísima humildad. Y ¿cómo no había de ser humilde quien tenía constantemente ante sus ojos aquellas dos lumbreras de humildad, Jesús y María? ¡Jesús, que fabricó la aurora y el sol sujeto a sus órdenes! ¡Jesús en cuanto Dios engendrado en los esplendores de los santos, sumiso a la voz de una pobre aldeana! Con los admirables ejemplos de sus dos humildísimas joyas, San José no se enorgullecía



por su incomparable grandeza, antes, cuanto más encumbrado se sentía tanto más profundamente se humillaba. ¡Cuánto era de ver la reverencia y respeto con que trataba a su Hijo y su Rey! ¡Qué admiración y extremado anonadamiento experimentaba en verse tan honrado!

¡Cristo fue el Rey del corazón de San José!

La fe de San José

Ilustrado nuestro Santo con la luz de la fe, jamás dejó entrar en su corazón ni el más ligero movimiento de duda sobre las divinas enseñanzas. Y como quien conocía de una manera infusa los tesoros encerrados en la fe, apenas se pudo entregar a la lección de los libros

santos cuando los tomó para ordinario alimento del alma y materia de sus consideraciones. En esta meditación cotidiana no sólo penetraba verdades, sino que también formaba de ellas el manjar casi continuo de su espíritu. ¿Quién le igualó con esto en el conocimiento de los misterios del Mesías?

El misterio más asombroso de los siglos, el misterio más sublime que se presentó jamás a la fe de los fieles, salvo el augustísimo de la Trinidad, es sin disputa el misterio de la Encarnación del Verbo en el seno de María. Y San José lo creyó firmemente en las circunstancias más excepcionales. Y ¿qué diremos de la fe que manifestó en el nacimiento y demás misterios de la infancia y vida escondida de Jesucristo? San José adora por su Rey a su Dios en el tierno Niño. Lo

contempla sobre un pobre pesebre y lo cree Hijo del Eterno y supremo Gobernador de los cielos.

Lo mira y lo admira en su taller joven, humilde, afanoso, ocupado en trabajos poco nobles según el mundo, solícito en ayudarlo a ganar el pan con el sudor de su frente, y a pesar de todo esto lo cree Dios infinitamente pródigo, que sin fatiga abre su mano y colma de bienes a todos los vivientes, y reparte generoso a su tiempo el alimento indispensable a los que padecen necesidad. ¡Oh!, no hay duda que con tales contrastes se avivaría la fe de nuestro Santo y cada día más firme y robusta tomaría nuevas fuerzas para gloria del Eterno.

¡Qué consuelo produciría en su ánima la fe! Contemplando por las profecías bendecidos en Jesús a todos los pueblos de la tierra, en viéndole glorificado por todas las naciones, y publicadas por doquier sus obras magníficas y portentosas, no podría menos de prorrumper en abrasados afectos de alabanza al obrador de tales y tantas maravillas.

Contemplaba San José continuamente a Dios personalmente presente en su adorado Jesús, y en todo y por todo se gobernaba por las máximas de la fe, haciendo de ellas su ordinario y espiritual alimento. Era para él la fe un nivel exactísimo con que regulaba todas sus acciones, acicate penetrante que le excitaba a correr por el sendero de la perfección, bálsamo sua-

vísimo que le dulcificaba todas sus penas, manjar nutritivo que daba virtud y mérito a todas sus obras.

¡Cristo fue el Rey del corazón de San José!

La esperanza de San José

Como con la consecución del cielo finaliza la esperanza, porque los bienaventurados llegaron felizmente a la posesión de los eternos bienes que esperaban; así pudiera parecer que, poseyendo San José en la tierra el riquísimo tesoro que forma la dicha de la gloria, no debía de tener la virtud de la esperanza.

Con todo es ciertísimo que nuestro Santo tuvo esta virtud en grado perfectísimo, porque aunque de verdad hubiera sido agraciado con la visión de la divina esencia, no recibió esta gracia por modo permanente como los bienaventurados, sino de paso como viador. Y como tal y detenido en este desierto sufría penalidades y molestias procedentes del peso y miseria de la carne, y tenía que tolerar muchas y graves contradicciones y fatigas, sobre todo si se atiende al arduo misterio puesto a cargo del dichoso Patriarca; y por tanto, se sentía precisado a recurrir a Dios en demanda de luces y auxilios para el perfecto desempeño de tan elevadas funciones.

Cuando el ángel le mandó partir a Egipto para poner en salvo

sus dos preciosas joyas, tan confiado estuvo en Dios que no se cuidó de preguntar ni quién les serviría de guía en tan largo viaje, ni quién les suministraría en país idólatra medios para ganar la subsistencia, ni siquiera cuánto tiempo había de durar su destierro. Le bastaba saber que así lo quería Dios y con entera confianza tomó el camino de extranjero suelo para cumplir allí el divino beneplácito.

Lo que había esperado y pedido en su mocedad era primero, que viniera cuanto antes al mundo el Deseado de los collados eternos, y después de tan anhelada venida, que cumplido el vaticinio de Simeón, se estableciera sobre todos los corazones el reinado de Jesús y se extendiera a todos los confines del orbe.

Así lo esperaba y se lo prometía en las prosperidades y en la adversidad; así lo esperaba en los tres días que lloró perdido al Imán de sus amores; y así se lo prometía aún al salir de este miserable destierro.

¡Cristo fue el Rey del corazón de San José!

La caridad de San José

¿Quién podrá medir el amor que a Jesús, Dios y hombre verda-



dero, profesó nuestro Patriarca? Si consideramos tanto su amor natural como el adquirido, y mayormente el sobrenatural e infuso, no hallaremos expresiones con qué dignamente encarecerlo.

El Eterno, al predestinarlo para cargo tan distinguido y superior a toda grandeza criada, le comunicó un corazón de Padre, digno del Hijo que le confiaba. Al contemplar San José a Jesucristo no podía poner lindes a las llamas de su abrasado pecho. ¿Qué sentiría su alma cuando penetrara con tanta claridad que aquel Señor a quien tenía adelante, y envuelto con fajas como niño, ya sudando en el taller como pobre oficial, era de tan in-

compresible y tan inmensa majestad, que la infinita grandeza de los cielos era para él angosta, que al imperio de su palabra omnipotente se habían fabricado todos los orbes y seres del universo?

Calle la lengua que pretenda hablar dignamente de las costumbres y vida del Santo, porque fue el divino José, ángel por su vida, arcángel por su oficio, príncipe por sus victorias, potestad por sus operaciones sobrenaturales, virtud por su perfección deiforme, trono en cuyos brazos se sentó el Altísimo, dominación por su gobierno soberano, querubín por el conocimiento de los divinos secretos y serafín por su extremado amor de Dios.

Si tales eran los incendios de amor divino durante su mortal carrera, ¿qué volcán de amor sería su alma al término de su vida? Nada tiene de extraño que con tanta aseveración asegure San Francisco de Sales que la vehemencia del amor quitó la vida a nuestro Santo.

*¡Cristo fue el Rey
del corazón
de San José!*

Después de haber contemplado las eminentes virtudes de nuestro Santo Patriarca y cómo con ellas glorificaba a su Dios, a su Hijo, a su Rey, podemos asegurar que él fue el primero, junto con su Esposa Inmaculada, en proclamar su divina realeza. Por tanto podemos concluir, diciendo:

Jesucristo, quien te conoce, lo sabe todo; el que te ignora, nada sabe.

Te necesitamos, pues sin Ti la vida nos perturba.

Te necesitamos, porque sin Ti desfallecemos bajo el peso del sufrimiento.

Te necesitamos, porque sin Ti se deshace la familia, hundiendo a toda la sociedad.





Te necesitamos, porque si nos faltas, corremos a segura y completa perdición.

Señor, Tú eres la puerta; haz que por Ti entre y salga durante toda mi vida.

Señor, Tú eres el Buen Pastor; haz que sea mansa y dócil oveja de tu rebaño.

Señor, Tú eres la vid; haz que sea el sarmiento que se alimenta de tu fuerza.

Señor, Tú eres la luz del mundo; haz que Te siga en esta vida de niebla y oscuridad.

Señor, Tú eres el pan de la vida; aliméntame.

Señor, Tú eres mi Rey; hazme reinar contigo por toda la eternidad. Amén.

¡Viva Cristo Rey!

¡Sea para gloria de Dios!

Presentamos a nuestros queridos lectores la copia de una carta escrita por un joven marino a su madre mientras estuvo hospitalizado, por haber sido herido en el campo de batalla en Korea por el año de 1950. Esta carta llegó a manos de un capellán de la Marina, quien en 1951 la leyó ante cinco mil marinos en la Base Naval de San Diego.

El capellán ya había platicado con el joven marino, con su madre y con el sargento encargado del escuadrón al que perteneció el joven. Dicho capellán, el Padre Walter Muldy aseguraba siempre a todos cuantos preguntaban, que esta historia es verídica.

Ya que continuamente hay jóvenes enviados al campo de batalla y nuestra vida misma es una lucha continua contra los enemigos de alma y cuerpo, publicamos esta maravillosa historia con la esperanza de que muchos soldados, sus familias y todos nosotros, invoquemos la intercesión y protección del Arcángel San Miguel. Presentamos la carta y que ella hable por sí misma.



Querida Mamá:

No me atrevería a escribir esta carta a nadie sino a ti, porque nadie más creería lo que en ésta te relato. Quizás hasta para ti sea difícil creerlo, pero tengo que decírselo a alguien.

En primer lugar, estoy en un hospital. No te preocupes, repito, no te preocupes. Fui herido, pero estoy bien, ¿sí? El médico dice que voy a poder retomar mis actividades normales dentro de un mes. Pero esto no es lo que yo quería decirte.

Acuérdate que cuando me alisté en la Marina el año pasado,

cuando me iba, tú me dijiste que rezara todos los días una oración a San Miguel. Realmente no era necesario que me lo dijeras, porque desde que me acuerdo siempre me habías enseñado que rezara a San Miguel Arcángel. Hasta me diste su nombre. Pues bien, siempre lo he hecho.

Cuando llegué a Korea, yo rezaba con más fervor. ¿Te acuerdas de la oración que me enseñaste? “Miguel, Miguel, que adornas el cielo. . ., etc.” Tú sabes lo demás. Pues yo la rezaba todos los días, a veces caminando o descansando, pero siempre antes de dormirme. Hasta logré que algunos de mis compañeros la rezaran también.

Un día me tocó la misión de avance y estaba yo en primera línea. Íbamos en busca del enemigo. Caminaba en el cortante frío y mi aliento era como el humo de un cigarro. Yo creía que conocía a cada uno de mis compañeros del escuadrón, cuando de pronto llegó a mi lado uno que yo no conocía. Jamás había visto un soldado tan grande como él. Medía como unos dos metros de altura y su cuerpo era muy bien proporcionado. Me sentía muy seguro con él a mi lado.

Mientras los demás del escuadrón se habían dispersado, él y yo seguimos la marcha. Para trabar una conver-

sación le dije: “Hace mucho frío, ¿verdad?” y me reí. ¡Yo estaba en peligro de ser muerto en cualquier momento y hablaba del clima!

Mi compañero pareció entenderme, pues le escuché reírse bajito. Me quedé mirándolo y le dije: “Yo nunca te había visto, y creía que conocía a todos los compañeros de la tropa.”

“Yo me alisté a última hora,” me contestó. “Mi nombre es Miguel.”

“¿Ah sí?” contesté sorprendido, “Éste es mi nombre también.”

“Lo sé,” me respondió y continuó diciendo: “Miguel, Miguel, que adornas el cielo..., etc.”

Me quedé tan sorprendido que no pude decir palabra. ¿Cómo sabía mi nombre y la oración que





tú me habías enseñado? Luego reflexioné sobre cómo todos mis compañeros me conocían bien. ¿Acaso no había enseñado la oración a todos cuantos me hacían caso? De vez en cuando hasta me nombraban San Miguel.

Los dos callamos un rato, cuando de pronto él rompió el silencio diciendo, “Vamos a tener problemas más adelante.”

Miguel debe de haber gozado de perfecta salud, pues su respiración era tan silenciosa que ni se notaba. La mía formaba grandes nubes de humo. Ahora él no sonreía. Me había dicho que íbamos a tener problemas dentro de poco, pero con enemigos por todos lados, pensé que eso no era una gran revelación.

La nieve empezó a caer en grandes y gruesos copos. En un momento todo el campo estaba cubierto. Yo caminaba entre una neblina blanca cuando mi compañero desapareció.

“¡Miguel!” grité de pronto, asustado. Yo sentí su mano

sobre mi brazo, su voz se escuchaba amable y fuerte. “Esto acabará pronto,” me contestó.

Su profecía se cumplió. En pocos momentos dejó de caer la nieve tan rápido como había comenzado. El sol brillaba como un disco resplandeciente. Miré en mi derredor buscando a los demás del escuadrón, pero no había nadie a la vista. Se perdieron durante la nevada. Miré adelante mientras nos acercábamos a la cima de un pequeño cerro. Mamá, ahí se me paró el corazón. Había siete de ellos, siete enemigos con su extraña vestimenta militar. Siete rifles estaban apuntados hacia nosotros.

“Tírate Miguel,” grité mientras me tiré a la tierra helada. Escuché el disparo de aquellos rifles en un mismo estruendo y oí las balas. Miguel permanecía de pie.

Mamá, era imposible que aquellos hombres no nos mataran, estando a tan corta distancia. Yo esperaba ver a Miguel totalmente despedazado. Mas, él permanecía ahí de pie, sin hacer intento de disparar. Estaba paralizado por el miedo. Así pasa a veces, mamá, aún a los más valientes. Él estaba como un pajarito hipnotizado por una víbora.

Así pues lo pensé yo cuando me levanté para obligarle a tirarse en el suelo, y en eso fui herido. De pronto sentí un ardor en mi pecho.

Muchas veces había pensado cómo se sentiría uno al quedar herido, ahora ya lo sé.

Me acuerdo que sentí unos brazos robustos que me abrazaban y me colocaban suavemente sobre un cojín de nieve. Yo abrí los ojos para dar una última mirada. Me estaba muriendo. Recuerdo haber pensado que ya estaba muerto, y que no estuvo aquello tan mal.

Miraba el sol, o tal vez estaba en estado de shock, pero parecía que yo veía a Miguel de nuevo en pie, pero esta vez su rostro brillaba con magnífico resplandor. Como dije, quizá el sol me cegaba, pero parecía que él se transformaba mientras yo lo miraba. Él creció más grande y sus brazos se extendían, tal vez nevaba, pero se vio a su alrededor un resplandor semejante a las alas de un ángel. En su mano traía una espada que alumbraba con millones de luces. . . Eso fue lo último que me acuerdo hasta que mis compañeros subieron a la cima del pequeño cerro y me encontraron. No sé cuánto tiempo había transcurrido. De vez en cuando sentía un rato de alivio del dolor y de la fiebre. Recuerdo haberles contado del encuentro con los enemigos.

“¿Dónde está Miguel?” pregunté. Noté que se miraban unos a otros. “¿Dónde está quién?” preguntó uno.

“Miguel, Miguel, aquel marino grandote que estaba caminando conmigo antes de que comenzara la tempestad de nieve.”

“¡Muchacho,” dijo el sargento, “tú no estabas caminando con nadie! Yo no te perdí de vista ni un momento. Estabas adelantándote demasiado. Estaba a punto de llamarte cuando desapareciste en la tempestad de nieve.”

El sargento me miraba con curiosidad y preguntó: “¿Cómo lo hicistes, muchacho?” “¿Cómo hice qué?” pregunté un poco molesto a pesar de mi herida. “Aquel marino Miguel y yo estábamos. . .”

“Hijo,” interrumpió el sargento bondadosamente, “Yo mismo escogí este escuadrón y no hay ningún otro Miguel aquí; tú eres el único.”

Hizo una pausa y añadió: “¿Cómo lo hiciste, muchacho?” Oímos los disparos. Tu rifle no reporta ni un disparo y no hay ni una bala en los siete cuerpos tirados allá arriba en el cerro.”

No dije nada, ¿qué podía yo decir? Me quedé maravillado y con la boca abierta.

Fue el sargento quien habló de nuevo. “Muchacho,” dijo suavemente, “cada uno de esos siete enemigos fueron muertos atravesados por una espada.”

Eso es todo lo que te puedo contar, mamá. Como te dije, tal vez fue el resplandor del sol en mis ojos, o tal vez el frío y el dolor, pero esto es lo que me sucedió.

Con cariño,

Miguel

Vestir con Dignidad



Introducción:

Nos es muy grato presentar a todos nuestros lectores un libro escrito por una dama estadounidense, quien correspondiendo a las inspiraciones divinas se convirtió en apóstol de la honestidad y del pudor. Ella fue participante de concursos de belleza, así como

modelo y actriz, pero al encontrar en una iglesia católica un libro que le mostró el destino eterno de las almas impuras, tocada de la gracia de Dios se instruyó en la auténtica doctrina católica, de manera que escribió un libro titulado “Vestir con Dignidad”. Su nombre es Colleen Hammond, y de modo sencillo y convincente relata su historia. . .

“Mi peregrinación para llegar a las modas honestas ha sido muy larga. Me alejé de mi Fe Católica en mis años universitarios, cuando en realidad más la necesitaba. Para pagar mis estudios entré a trabajar como modelo y actriz – ¡que por cierto no es uno de los empleos más piadosos! Mi plan era entrar a estudiar medicina (pues había trabajado ya en áreas de química y psicología) pero como tenía antecedentes como modelo y actriz, acabé trabajando en la televisión como locutora. Por esta razón mi esposo y yo tuvimos que mudar de lugar y radicar en Atlanta.

Mi regreso a la Fe es una historia larga y trágica, pero cuando por fin volví, mi manera de vestir no me identificaba como católica. Pensaba que la verdadera belleza consistía en exhibir mi cuerpo y mi figura.

Abandoné mi exitosa carrera justo cuando nació mi primer hijo. Debido a las desastrosas circunstancias de nuestro matrimonio, ¡nos quedamos sin un peso! Sólo teníamos un coche que mi esposo llevaba al trabajo y por tanto yo no salía mucho de casa. Como madre y ama de casa con un sólo niño ¡en brazos, por cierto! disponía de mucho tiempo libre.

Caminé un día a la biblioteca pública y de casualidad encontré un estudio que se había hecho en los años setentas. Haciendo uso de la tecnología moderna, se había filma-

do la mirada de un hombre viendo a una mujer vestida de pantalones. El resultado me asustó, me disgustó y me horrorizó tanto que desde entonces no he vuelto a vestir pantalones en público.

Por aquel tiempo mi closet estaba lleno de pantalones, blusitas, pants y camisetas. No poseía ni un vestido. ¡Éste iba a ser un cambio radical para mí! Como no teníamos dinero, me cosí un vestido (estaba demasiado corto) que me ponía cuando salía de casa, quiere decir, a Misa, a compras o al parque.

Comencé a instruirme más sobre la modestia, pero los únicos libros que encontré no eran católicos. No sé dónde conseguí la idea de que vestir modestamente significaba llevar ropa sin color, sin figura y por el estilo como costales de papas. ¡Una menonita vestía con mejor gusto que las modas que yo comencé a usar! Mi nueva ropa era totalmente distinta de los conjuntos que vestía cuando trabajaba como modelo o en la televisión.

Mi matrimonio pasaba por una época de cambios y pruebas y entonces comencé a leer libros sobre el tema. Una vez más, los únicos libros que podía encontrar no eran católicos. Entonces comencé a leer los documentos oficiales de la Iglesia Católica donde decidí escribir mi primer libro titulado: “Amar, honrar. . .¿y obedecer?”

En marzo de 2004, me invitaron a participar en una estación

de radio donde la gente hablaba por teléfono haciendo preguntas sobre el tema que llevaba yo entre manos sobre el matrimonio. Dios me habló aquel día de una manera muy patente. ¿De qué sorprenderme? Normalmente me tiene que dar en la cabeza con una viga para hacerme entender lo que quiere. ¡Esta situación era parecida!

En vez de que las personas me hicieran preguntas sobre el tema mencionado, por dos horas enteras todas las llamadas eran de padres de familia preguntando cómo lograr que sus hijas vistieran modestamente de una manera digna.

Todavía no entendía el mensaje que Dios me quería dar.

La última persona que me llamó dijo: “Tengo interés en su tema, Colleen, pero lo que pienso en verdad es que Dios quiere que escribas un libro sobre la modestia.” ¡Estas palabras me cayeron como agua fría! Haciendo memoria de mis actividades del año anterior, se me había solicitado, a nivel nacional, organizar desfiles de modas para madres de familias con sus hijas. ¿Acaso era más importante ahora enseñar a las jóvenes a vestirse de manera honesta y digna y desarrollar su femineidad que propagar mi libro “Amar, Honrar. . . y Obedecer?”

Me fui a una iglesia cercana a rezar. En la banca donde me hiqué estaba un libro de “Los Sueños de Don Bosco”. Lo abrí al azar y

mis ojos cayeron sobre el pasaje: “No sabéis que, respecto a la pureza, non datur parvitas materiae – no hay materia que no sea grave?” ¿Grave? ¿Eso quiere decir mortal? Hojeé más el libro y cada página que abría hacía alusión a la importancia de la inocencia y la pureza.

De repente todas las partes de este rompecabezas cayó en su lugar en mi mente. Cada pecado contra la pureza es grave y esto incluye hasta nuestros pensamientos, ¿verdad? También me puse a pensar que todos los hombres del mundo son estimulados por lo que ven – sin culpa suya y sin pensarlo. Ahora, considerando cómo he visto a las mujeres y jóvenes vestirse en la actualidad en el super, en la playa (sin mencionar cómo se visten en la iglesia) me quedó muy claro que la persona que me llamó tenía razón. Lo que se necesitaba ahora era un libro sobre cómo vestir de manera digna y modesta.

Volví a mi casa y comencé a investigar. Me sorprendí de ver cuánta materia existe de parte de la Iglesia y que yo desconocía. También quedé asombrada de ver el repentino y rápido declive de modas durante los últimos cien años. Pero lo que es hermoso es cómo el cielo y la Santa Madre Iglesia han tratado de advertirnos y salvaguardarnos. El deber de la Iglesia en avisarnos sobre la crecida decadencia en las modas –desgraciadamente para las mujeres– ha sido uno de secretos más ocultos de nuestro siglo.

Capítulo I

Fuera del Edén

Cuando en un principio leí la información que viene a continuación, y después revisé mi closet, me di cuenta de cuán apegada estaba a mi ropa, mi estilo de vestir y mis trajes. ¡Todavía estoy esculcando! Te prometo, querido lector, que la presente información te dará algo en qué pensar - ¡y mucho por qué rezar! Mi esperanza es que lo leas, lo medites y que hagas lo que crees ser lo mejor para ti y tu familia, basado en los hechos que se presentan aquí. ¡Que Nuestra Señora te guíe!

Pido a Dios Nuestro Señor, que aquí puedas encontrar la información que necesitas en tu deseo de vestir con modestia y dignidad e inspirar a tus hijas, nietas, ahijadas, sobrinas, parientes y amigos a que hagan lo mismo.

“Estaban ambos desnudos, el hombre y su mujer, sin avergonzarse de ello.” (*Gén. II, 25*)

¿Desnudos y sin avergonzarse? Esto es muy difícil de imaginar.

Nunca olvidaré la primera vez que leí este pasaje de la Biblia. Era una niña en edad de desarrollo y sólo la idea de estar media desnuda delante de alguien me daba horror. Hasta la fecha, de pensar que alguien me viera en traje de baño me apena.

Nosotras las mujeres somos muy conscientes de cómo nos vemos, y pienso que es verdad que



casi todas se avergonzarían de aparecer desnudas en público. No sólo porque nuestras figuras están imperfectas, sino a causa (y más importante) de las heridas del pecado original - lo de la serpiente y la fruta del Edén. Antes de la caída, ¿por qué Adán y Eva no se avergonzaban de su desnudez?

Antes del pecado original, Adán y Eva se miraban con amor sencillo, puro e inocente y con santo respeto. Santo Tomás de Aquino dice que nuestros primeros padres eran inocentes en un estado de “justicia original”. Pero, ¿qué significa al decir que ellos “eran inocentes en un estado de justicia original”? ¿Acaso nuestros primeros padres andaban por el Edén como unos simplones con los ojos abobados? ¡De ninguna manera!

Mi párroco me lo explicó de esta manera: Cuando Adán y Eva fueron creados por Dios, fueron dotados de la Gracia Santificante, y así sus almas eran hermosas y agradables a Dios. Poseían todas las virtudes, los siete dones y los doce frutos del Espíritu Santo. Además, Adán y Eva fueron dotados de sabiduría natural y sobrenatural infusa, que significa que aparte de su conocimiento de Dios, sabían todo lo que tenían que saber para sobrevivir cada día. Tampoco experimentarían enfermedad o muerte porque sus cuerpos y sus almas eran inmortales. En otras palabras, Adán y Eva estaban en el estado de gracia

(la ausencia de pecado mortal), dotados de virtud y con un grado de inteligencia tal, que avergonzaría a Einstein.

La vida en el Edén, antes del pecado original era maravillosa. Era. . . ¡un paraíso! No experimentaban temor, ni tristeza, ni arrepentimiento, ni desánimo, ni tentación. Dice San Agustín que Adán y Eva evitaban el pecado “sin esfuerzo”. Imagínate evitar el pecado sin esfuerzo. ¿No sería esto fabuloso?

Aquí conviene hacer mención de otra hermosa cualidad suya: la reverencia.

Reverencia es respeto, admiración, estima, veneración. Significa rendir honor, respeto, consideración y apreciación a Dios, a su creación y cada uno entre sí. Reverencia incluye también el concepto de un “santo temor,” – un temor de desagradar a Dios. Un temor de no ser agradable a Dios. La Sagrada Escritura dice: “El temor del Señor es el principio de la sabiduría”. (*Salmo CX, 10*)

Tristemente, nuestra sociedad ha perdido el concepto de reverencia y respeto. He aquí unos ejemplos.

Hay personas que no tienen absolutamente ningún sentido de respeto por el Santísimo Sacramento. Después de Misa hay quienes dentro de la iglesia platican y hasta gritan a larga distancia a sus amigos, al parecer totalmente ajenos de la Presencia Real de Nuestro Señor

en el sagrario. No tienen consideración a los que están haciendo su acción de gracias. Algunos no hacen la genuflexión al pasar en frente del sagrario, ¡y algunos niños no saben ni por qué se hace una genuflexión!

¿Y qué decir de nuestra pérdida de respeto y reverencia entre nosotros mismos? ¿Qué ha pasado con las buenas maneras y la común cortesía? Para los griegos de la antigüedad las buenas maneras y la alta moral eran la misma cosa. Las que nosotros consideramos como personas maleducadas, los griegos tendrían como “inmorales y llenos de vicios”. Ellos comprendieron que el carácter interno de una persona se revela en su comportamiento exterior.

Es raro en nuestros días ver a los hombres abrir las puertas a las mujeres, o escuchar “por favor” y “gracias”. Por ejemplo, conozco a algunos que han sido respondidos con cierta hostilidad al abrir la puerta a una mujer. Un joven me contó que al abrir la puerta a una mujer, ésta le reprochó, diciendo: “¿Acaso crees que no puedo con la puerta? ¿Me la abres solamente porque soy mujer?” Y el joven respondió: “No te la abro porque eres



mujer, sino porque soy caballero.” (Qué buena respuesta, ¿verdad?)

¿Y qué decir del trato para con los ancianos? Hubo un tiempo que a la gente mayor se le trataba con respeto. Los jóvenes se acercaban a ellos a pedir consejo, sabiendo que la experiencia de décadas de años del abuelito o la abuelita les habían dotado de sabiduría.

Ahora al contrario se les trata como si los mayores fueran gente pasada a la historia o que han pasado la fecha de caducidad. A veces sin necesidad los meten en un asilo y a veces son víctimas de la eutanasia. Hace poco me sucedió lo siguiente:



Yo regresaba del super a mi casa con mis cuatro hijos. Mientras salía del estacionamiento pasé enfrente de la entrada de la tienda y ví a una viejecita recargada en un coche que estaba estacionado en el lugar para los minusválidos. Otra mujer, que después supe era su hermana, estaba batallando para sacar de la cajuela una silla de ruedas. Estaba yo a punto de bajar a ayudarles, cuando ví a un hombre venir caminando del estacionamiento a la tienda. Quedó viendo directamente a las dos viejecitas y fácilmente podía ver cómo la mujer estaba aún luchando para sacar la bromosa silla de la cajuela. El hombre no las perdió de vista mientras pasó de largo y entró en la tienda. ¡Me quedé asombrada!

En este momento, otro hombre salió de la tienda. Seguramente él ayudaría a las dos mujercitas. Aunque vio claramente que la anciana estaba jaloneando a la silla, ¡también pasó de largo!

¡Ya basta! Yo no iba a esperar más. Con lágrimas en los ojos, bajé de mi coche y ayudé a las viejecitas. Sin dificultad saqué la silla de la cajuela, puse el freno a las llantas, acomodé a la ancianita en la silla y la subí por la rampa hasta la entrada de la tienda. ¿A tal grado hemos perdido el respeto a nuestros mayores? O es que en los últimos años nosotras las mujeres hemos despreciado la cortesía de los hombres con una actitud de: “Soy mujer, ¿y qué?”

¿Y qué decir del respeto a la vida humana? Matar a un hijo se ha convertido en una “decisión” aceptada por la sociedad, en vez de lo que es: un asesinato.

La Doctora Alicia von Hildebrand en su libro, “El Privilegio de Ser Mujer,” dice que la raíz del carisma de la mujer es su capacidad de llevar y dar a luz a un bebé, que es la razón por qué las mujeres merecen tanto respeto y reverencia. ¡Qué hermoso! Por otra parte escribe: “La obra diabólica que ha tenido lugar desde la legalización del aborto es que ha destruido, en aquellas trágicas mujeres que han permitido que maten a sus hijos,

su sentido de lo sagrado de su maternidad. El aborto no sólo mata al inocente; mata espiritualmente a las mujeres. . . la herida abierta en sus almas es tan honda que sólo la gracia de Dios puede curarla. El alma de la mujer fue creada para ser maternal.”

Ya hemos visto la irreverencia hacia Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. Cada día experimentamos la falta de respeto entre unos y otros por la ausencia de buenas maneras. Hablando en general, nuestros mayores ya no son respetados. No hay a nivel universal ninguna consideración para el niño inocente sin nacer. Y ¿qué

decir sobre el respeto y reverencia debidos a nuestros propios cuerpos que son templos del Espíritu Santo si estamos en estado de la gracia santificante – nuestros cuerpos que son depositarios de un alma inmortal, creados a la imagen y semejanza de Dios. . . ?

(Continuará)

***¡Sea para gloria
de Dios!***





*¡Cristo fue el Rey
del corazón de San José!*